

Y así tu pie contra su pie se fije ;  
 A su escudo tu escudo, á su cimera  
 Tu cimera se oponga ; ágil dirige

A su casco tu casco ; en lucha fiera  
 Contra su pecho opón tu pecho airado ;  
 De su lanza ó su espada te apodéra.

El escuadrón á la ligera armado  
 Busque so los escudos amplio techo,  
 Y bajo de este asilo resguardado

Marche al contrario ejército derecho,  
 Y con piedras y dardos hiera y mate,  
 Junto al pesado oplita, y al estrecho  
 Escuadrón enemigo desbarate.

JOSÉ DE LA CRUZ HERRERA

Bogotá, Mayo de 1905.

## NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO \*

Despertaba Jorge á la luz de la razón, y su madre, creyendo que era hora de regar en el corazón de su hijo la semilla fecunda que nos conduce al cielo, empezaba á inculcarle en el alma las primeras verdades de la Religión Católica. Su madre, versada en asuntos piadosos lo bastante para ser una buena cristiana, tenía necesidad de amoldar sus explicaciones al aún inculto cerebro de su hijo, y éste, cuando escuchaba de sus labios cosas que le eran de difícil comprensión, ponía una atención tal que ella se decía para sí: ¡ No es tiempo todavía ! ¡ No es tiempo todavía !

Optó por otro camino, cual fue el de hacer conocer á su pequeñuelo uno á uno los cuadros de imágenes que, suspendidos del muro, formaban el altar donde á mañana y tarde se rendía culto á la Madre de Dios. En aquel museo,

\* Premiado en el Concurso de la Congregación de Nuestra Señora.

formado lentamente á través de los años, se veían al lado de cuadros de cierto mérito artístico, algunos que bien hubieran podido ser cambiados por otros en favor de las imágenes por ellos representados. Pero ella no los cambiaría: los recuerdos de su niñez se atropellaban en su memoria cuando, á la vista de la antigua galería, recordaba que allí había aprendido á balbucir el nombre de María.

El cambio de métodos en la enseñanza de las primeras verdades hizo pensar á Jorge que su dulce maestra estaba disgustada, y dobló sus esfuerzos para el nuevo modo como debía ir conociendo lo más interesante del gran libro de nuestra Religión. Desarrollada su fantasía con la belleza de los cuadros, fue maravilla para su madre el ver que Jorge sabía la historia de todos y de cada uno en particular. Ya no se le ocultaba que la Virgen de los Dolores había recorrido el inmortal sendero de su Hijo, conducido al Calvario para la salvación del género humano; y Jorge lloraba al ver los llorosos ojos de María; no era para él un enigma el cuadro de Santa Bárbara, á quien su inhumano padre destrozó sus pechos virginales con cortante acero; conocía á Nuestra Señora en algunas de sus principales advocaciones, y envidiaba á los ángeles que forman el coro celestial. Y como Jorge todos los días, por mandato de su madre, repetía la historia de cada cuadro, llegó á esa edad á poseer una serie de conocimientos que auguraban en él un joven de buenas costumbres; y dado su interés por todo lo que se relacionaba con la Religión, su madre no vaciló en creer que su hijo, siguiendo siempre por la misma vía, llegaría algún día á ser habitante del trono del Señor.

—¿Y estas son todas las imágenes que hay de la Virgen?, preguntó Jorge mirando al altar.

—No, hijo mío, le decía su madre, ni son éstas todas ni fácil será que yo las conozca; las advocaciones de la Virgen pueden variar de un lugar á otro y cada día pueden resultar más; pero sí sé de una que á pesar de los esfuer-

zos hechos para obtenerla no ha sido posible que adorne el altar de tu mamá.

—¿Cuál es? ¿Cuál es?, replicó Jorge.

Y ella, haciendo ademán para retirar al niño de sus labios maternales, contestó:

—Ah!, es una imagen muy linda y muy rara.

—Pero ¿cómo sabes que es linda y rara? ¿La conoces?

—No, hijo mío, tu hermano mayor, antes de que se alejara de mi lado, me decía que en el colegio donde él estudió, está la imagen cuya copia en vano he tratado de conseguir.

—¿Y por qué no la trajo para adornar nuestro altar?

—Le fue imposible. En aquel colegio la veneran todos con mucho cariño, y la Virgen corresponde al amor que se le profesa cuidando del colegio y de los que en él se educan.

Jorge guardó silencio. Quería conocer aquella imagen de la Virgen; quería unir una historia más á las muchas que jugueteaban en su memoria de niño.

Su madre le dijo un día:

—Cuando hayas crecido y sepas algo de lo mucho que es necesario saber en esta vida, tu padre y yo te mandaremos al colegio donde está ese cuadro de la Virgen, para que allí, al pie de su altar, aprendas su historia, la ames como te lo he enseñado y le ruegues por los que te dieron la vida, que no muy tarde te dejarán para siempre.

Al oír estas últimas palabras, Jorge se estremeció de dolor; sentía que la espantosa realidad de la muerte empezaba á pesar sobre las cabezas de sus padres, y que al quedarse solo, la Virgen desconocida sería su madre en la tierra y en el cielo.

—¿Y cómo se llama el colegio donde mi hermano estudió y en donde está la Virgen?

—Se llama el Colegio del Rosario. Ajúciate mucho, añadió, y pronto colmarás la sed que por la Virgen te devora, conociéndola en su propia casa.

Niño aún, no murió para él la esperanza de educarse en aquel Colegio, y tanto fue el empeño por realizar su deseo, que poco después había ya aprendido á leer y escribir en la escuela del lugar. Perfeccionó la lectura ojeando libros viejos impresos en caracteres mayúsculos, y periódicos que el correo llevaba semanalmente para su padre; y en cuanto á la escritura, su madre le tenía todos los útiles necesarios para que hiciera letras y palabras hasta que por cansancio suspendiera la tarea.

Sin embargo, aquello no era todavía suficiente para que Jorge pisara las aulas del Colegio donde su hermano había bebido en la inagotable fuente de las verdades cristianas; y esto, que no hacía parte de los conocimientos de Jorge, no era desconocido para sus padres, que bien sabían que quince abriles en la frente del niño y algunos preparativos intelectuales eran indispensables para que las viejas puertas del claustro se abrieran para él.

La esperanza de educación que en aquel pecho inocente se albergaba, crecía á medida que se sentía cercana la desaparición de un año, y cuando el siguiente venía y Jorge miraba que con rumbo á la capital de la República iban jóvenes mayorcitos que él, juzgandó que marchaban al Colegio, corría hacia su madre y, con voz que el alborozo ahogaba, le decía:

—Mamasita, ¿es tiempo ya?

—Todavía no, le respondió ella; es necesario que te hayas desarrollado un tanto más; que aprendas algunas cosas que son menester para principiar allá tu educación..... y luégo sí.

A la sombra del Sr. R\*, su tío, persona á quien su caudal de conocimientos colocaba muy por encima de sus conterráneos, logró Jorge estudiar sus primeras lecciones de Gramática, Aritmética, Geografía y un poco de Francés, que era lo que en aquel tiempo se exigía en el Colegio para que los jóvenes pudieran ser recibidos. El Sr. R\* con placer dictaba al niño las lecciones, pues tenía que á un

claro talento andaba unida una memoria feliz que ahorra-  
ba al maestro muchas nuevas explicaciones. La buena ma-  
dre, al saber los adelantos de su hijo, daba gracias al cielo  
y se congratulaba por haber tenido la bienhechora idea de  
ejercitar la memoria del niño en sus principios, inculcán-  
dole las verdades de la Religión.

El tiempo, en su curso incesante, marcó al fin en la  
frente de Jorge la auréola de las quince primaveras; en-  
tonces no escuchó aquel "todavía nó" que al empezar  
cada año se escapaba de los labios de su madre como un  
reproche á las exigencias del niño. Madurado el plan á  
instancias del Sr. R\*, se le anunció á Jorge que se prepa-  
rara para marchar.

Este, que por espacio de ocho años había soñado con la  
aparición de la aurora de aquel día en que, tras corto via-  
je, debían sus ojos contemplar la imagen que de mil mane-  
ras se había representado su imaginación traviesa, no  
pudo menos de dar rienda suelta á su alegría, mezclada á  
la vez con el pesar de la separación del lado de sus padres,  
que declinaban en la carrera de la vida.

El anciano había tomado informes del colegio donde  
iba á colocar el tardío fruto de su amor, de aquel colegio  
que fue el molde en que se vaciaron los formadores de la  
patria; y cuando una mañana fue llamado el niño á la al-  
coba de su madre, y ésta le dijo: "ya es tiempo de entrar  
al colegio." Jorge se estremeció de alegría.

Jorge, abrazándose á su madre, la bendijo porque iba  
á enviarle á la casa donde viviría bajo la protección de la  
Virgen.

La primera noche de colegio Jorge se sintió triste y  
lloró. Aquellos amplios corredores, aquella sencillez y  
grandiosidad del edificio, tenían algo de misterioso para  
él. Lejos de su madre, sin un amigo con quien compartir  
sus tristezas, sentía que el tiempo que se deslizaba en su  
presencia era muy distinto de aquel que en sus primeros  
años había visto correr bajo sus pies á la sombra del lecho  
paternal.

El sonido de la campana y la voz de un sacerdote hi-  
cieron penetrar á la Capilla al entonces reducido número  
de alumnos; era allí donde debía descorrerse para Jorge  
el velo que por tanto tiempo le había tenido cubiertos los  
ojos. El sacerdote, dirigiéndose á ellos, les dijo:

—Bajo los auspicios de la Virgen del Rosario vamos á  
empezar el presente año escolar, para que Ella desde el cie-  
lo nos ampare y nos proteja con su manto.

Jorge había descubierto algo en las palabras del minis-  
tro de Dios: bajo la advocación del Rosario no había él  
conocido á Nuestra Señora, y supuso que aquel nombre  
era el de la imagen que anhelaba su corazón.

Tres focos de luz incandescente alumbraban en esa  
hora la hermosa Capilla, á la luz de los cuales pudo Jorge  
ver un cuadro suspendido en la mitad del altar; por en-  
tonces le fue imposible tener de él un conocimiento perfec-  
to, pero comprendió que allí estaba la imagen cuya histo-  
ria conocería durante el desenvolvimiento del año que em-  
pezaba. Y clavando los ojos en el cuadro, pidió á la Vir-  
gen por su madre, causa de aquel placer indefinible que  
ahogaba los suspiros de su pecho inocente.

Largas fueron para Jorge las horas de esa noche, pri-  
mera que pasaba ausente de su hogar; la luz del recinto  
sagrado no había sido suficiente para que en todo su es-  
plendor se reflejara el cuadro de María. La aurora del día  
siguiente, filtrándose por las rendijas de las antiguas  
puertas del dormitorio, despertó á Jorge, y pensó para sí:  
.....¿á qué hora nos llevarán hoy á la Capilla? Sabía  
muy bien que el colegio era netamente cristiano y no du-  
daba que aquella mañana, como tantas, se celebraría el  
sacrificio del Calvario. Y así sucedió. Ya en cambio de la  
luz incandescente, por las anchas ventanas de la Capilla  
penetraba la del día quebrándose en las viejas pinturas de  
pasajes bíblicos pendientes de las paredes; entonces la ima-  
gen de Aquella que en el Cielo adoran los ángeles y en la

tierra los que como fin último tienen la morada celestial, se mostró á Jorge en toda su mística grandeza.

¿Y cómo pintar el ánimo del joven estudiante en estos momentos en que veía que la realidad del cuadro era igual á la que él, desde tiempo atrás, había llevado en su corazón? Sus ojos no se separaron del centro del altar; la realización de un deseo hacía estremecer todo su cuerpo, y en su loco arrebató por la Virgen del Rosario quería estar al pie de ella para contemplarla de cerca.

¿Y cómo conocería su historia? Hé aquí un punto intrincado para Jorge, pues sus compañeros, novicios como él, no lo guiarían en el camino de la investigación.

Resolvió esperar.

Presentósele la ocasión una mañana en que el Rector compartía amigablemente con sus discípulos; y Jorge, abriéndose paso por entre el grupo de educandos que rodeaban al ilustre sacerdote, le dijo:

—Doctor, ¿cómo se llama la Virgen que está en el altar?

Extrañas no fueron para el Jefe del Plántel aquellas palabras del inocente pequeñuelo, en quien brillaba un rayo de esperanza, pues no era raro que el nombre especial con que mil generaciones conocen á la Virgen del Rosario en ese Colegio, fuera desconocido para ese niño, que apenas empezaba á trepidar en la escabrosa senda de la vida.

—La *Bordadita*, dijo el Rector, á quien ustedes deben querer mucho, porque Ella es la favorecedora de maestros y discípulos.

—Gracias, Doctor, gracias, contestó Jorge, que casi estallaba de alegría.

Sin embargo, esas dos palabras no representaban para Jorge más que una vía para sus posteriores investigaciones; grabó en su memoria aquel nombre que aún no acertaba á explicarse, y creyó firmemente que por ahí llegaría á descubrir la historia del cuadro que día por día le parecía más encantador.

En medio de las faenas estudiantiles llegó el mes de las flores. El Rector contó á los alumnos, en corta conferencia, el origen de esa devoción á María, y los excitó para que, en la medida de sus fuerzas, celebraran ese mes clásico yendo á colocar á los pies de Nuestra Señora una flor, emblema de la pureza de sus corazones. Estériles no fueron las frases del Rector: los estudiantes se dieron cita para dar durante aquella época del año una muestra de su cariño por La Bordadita. Dividiéronse en secciones, de tal manera que á cada una correspondiera el festejo una semana. Tocóle á Jorge en la primera, y ya que no podía prestar su contingente con ramos para adornar el altar, á lo menos se ofreció voluntariamente para ayudar á sus compañeros en los trabajos de ornamentación. Aceptado aquel espontáneo ofrecimiento, no se le ocultaba que había dado un paso para explicarse las dos palabras del Rector, que hasta entonces habían sido un enigma para él.

Las cartas de su madre que semanalmente le traía el correo, le preguntaban por esa imagen, cuya posesión había sido para ella el sueño más caro de su vida. El niño sabía que su madre quería conocer también la historia del cuadro, y no pudiéndosela contar, se limitaba á decirle que apenas conocía el nombre de la Virgen, que era el de La Bordadita. Las dos palabras produjeron extraño efecto en el rostro de la madre de Jorge: recordó que su hijo mayor, en tiempos no lejanos, pronunciaba con profundo respeto ese nombre, sin dar sobre él explicación ninguna; explicación que la pobre madre esperaba oír de los labios del infante cuando, acabado el año, volviérase á reclinarse en el seno maternal.

Entretanto, en medio del goce se deslizaba la primera semana del mes de Mayo. El aspecto de la Capilla hermosamente la vista: el altar de la Virgen, adornado sencillamente con ramilletes de diversos colores y exquisita profusión de luces; en los bancos la negra colmena de estudiantes, que en voz alta elevan sus preces al cielo; en

el coro un grupo de jóvenes que no en vano se esfuerzan por que sus cánticos suban hasta el trono de la Madre de Dios; el incienso que en su carrera ascendente perfuma las coronas y los ramos; todo, todo esto despertaba en Jorge el más ardiente anhelo por contemplar de cerca ese cuadro precioso. El momento oportuno no se hizo esperar. Era necesario que uno de los ornamentadores se llegase hasta el pie de la imagen, y Jorge se ofreció á subir á pesar de que sus compañeros le decían que era arriesgada la empresa. Venció al fin, y preparado el camino que lo debía conducir allá, no demoró en estar cerca del cuadro. Quería allí arrodillarse y pedir por su madre; pero siéndole imposible lo primero, porque al variar de posición podría caer, verificó lo segundo, y en medio de su súplica rodó desde esa altura una lágrima que fue á estrellarse contra un ramo de flores que el niño había puesto aquella mañana. Observó con atención el cuadro de la Virgen y descifró las dos palabras del Rector: la imagen estaba bordada con primor. ¿Pero por quién? Ya no le sería difícil averiguarlo: uno de sus compañeros, que decía haber estado en el Colegio en años anteriores y á quien la historia de La Bordadita le era casi familiar, puso á Jorge en la inteligencia de lo que había sido para éste su mayor deseo.

Poco después, en una de sus cartas dirigida á su madre, se leía:

“Madrecita: me apresuro á comunicarte lo poco que he sabido hoy acerca de Nuestra Señora del Rosario. Sé que mi relato te interesará sobre manera, por tratarse de la Reina del cielo. Ya sabes que se llama La Bordadita, nombre con que se le conoce aquí y en todas partes por haber sido bordada con las propias manos de la Reina Margarita de Austria, madre de Felipe IV, Rey de España. Un señor Torres, perteneciente á la Orden Dominicana, varón justo y sabio, cuando vino aquí de Arzobispo del Nuevo Reino, concibió la idea de fundar un Colegio que tuviese los

mismos privilegios y dignidades de los Colegios Mayores de la Península.

“La idea del Sr. Torres fue acogida por los reyes españoles con entero beneplácito, porque además de ser esa fundación un lustre para la Colonia, tratábase del Sr. Torres, que había sido confesor de los Reyes y predicador de la Corte.

“Y dada la licencia por Felipe IV, la Reina Margarita quiso también tomar parte en la fundación bordando con sus manos de reina de la tierra á la Reina del cielo; y se la mandó al Sr. Torres, más que en cambio de sus inolvidables servicios en la Corte, para que le sirviera de abogada de los colegiales.

“Doscientos cincuenta años hace que la Virgen del Rosario, colocada por el Sr. Torres en lugar prominente de la Capilla, lleva el nombre de La Bordadita, que mil generaciones repiten llenas de júbilo.

“¿Y cómo referir lo bello de la imagen, si al través de tantos años parece que acaba de salir de las manos de la Reina Margarita? Cuando de rodillas la contemplo todos los días al despuntar la aurora y al declinar la tarde, y en medio de la misa y del rosario pido por mis padres, el llanto que brota de mis ojos ahoga mis súplicas y siento que la Virgen recibe mis oraciones en el cielo.

“Lleva en su mano derecha el rosario—precioso escudo—y en su brazo izquierdo reposa su Santísimo Hijo; los pliegues de su manto están llamando incesantemente á los pecadores para que bajo su sombra benéfica abandonen el pecado y se acojan á Ella, tesorera de las gracias divinas; nos dice que la devoción al rosario ha de ser, durante nuestra peregrinación en este mundo, la vía que nos ha de conducir al Trono de su Eterno Padre. Y á la verdad, madrecita, creo que el rosario es la oración por excelencia. Cuando el dolor nos abrumba, ¿habrá cosa más consoladora que rezar esa oración á los pies de María? Y cuando el placer invade nuestros pechos, ¿no es el rosario

la oración con que damos gracias al cielo? Por eso yo bendigo siempre tu antigua práctica nocturna con la cual aprendí á ser devoto de la Virgen.

“Adiós, madrecita, cuando vengan las vacaciones, que ansío para estar á tu lado, te contaré más cosas de La Bordadita.”

La lectura de la carta de Jorge produjo en el corazón de su madre la más completa alegría; sentía envidia por aquel Colegio que poseía una reliquia de incalculable precio; quería ser dueña de la imagen, para adornar con ella su antiquísima galería de cuadros, ó á lo menos conocerla y así saciar la ambición de su alma.

Pasó el mes de las flores. Ya no cruzaban por los claustros los hermosos ramilletes para adornar el altar; ya en el coro no se escuchaba aquel cántico que levantaba el alma á las regiones de lo eterno; tras un mes de general entusiasmo volvían los estudiantes de lleno á sus tareas no interrumpidas; para Jorge fue amargo el ¡adiós! que el mes de Mayo le dio al hundirse en el pasado; no obstante, siguió rindiendo culto á La Bordadita de cuantas maneras podía.

Después de los asuetos de Julio; después de que Jorge refirió á su madre tantos detalles minuciosos de la Virgen del Rosario como se le quedaron en el tintero cuando le contó lo que había podido aprender acerca de La Bordadita; después..... Jorge no pudo volver al Colegio á continuar sus tareas. Había sufrido su padre menoscabo en sus haberes, y era preciso que Jorge le ayudase con sus trabajos á recuperar lo perdido.

Entonces imploró una vez más la protección de la Virgen y no demoró en volver el equilibrio comercial á la casa del anciano padre. Mejorada así notablemente la situación, obtuvo Jorge, como recompensa á sus esfuerzos, la gracia de dar un paseo por la capital.

Era un domingo de los primeros de Octubre. El sol de la mañana comunicaba un aspecto agradable á los obje-

tos. Cinco años hacía que su vista no se extendía por las largas calles de la ciudad populosa, y detenido Jorge ocasionalmente, por fuerzas extrañas é imprevistas, evocaba recuerdos de otro tiempo. De repente oyó no lejos de sí los dulces acordes de una música clásica. Súbitamente miró para todos lados, y cual la hoja seca que arrastra en su corriente la fuente cristalina, Jorge se dejó guiar por las dulces notas que partiendo del coro subían al cielo, abriéndose paso á través de las nubes blanquecinas. Un instante después, Jorge se encontraba á las puertas de una Capilla que no le era desconocida. Los recuerdos de cinco años se agolparon á su memoria; pero todo aquello estaba distinto de como lo había dejado. Ya no se presentaba ante sus ojos la sencillez del mes de Mayo; el altar estaba adornado ahora con la pompa que corresponde, y mucho más, á la Reina de los Cielos. Allí había algo extraño para él; se celebraba la fiesta de La Bordadita, de que Jorge no había tenido conocimiento en época anterior. El cuadro de la Virgen del Rosario, que jamás se apartó del corazón del joven durante su ausencia, se le presentó ahora, como el ave que va á tender el vuelo, en medio de luces y de flores que esparcían en torno de la Iglesia, delicado perfume de cosas celestiales.

Allí todo era grande: el Clero, representado por lo más selecto de sus hijos; el Jefe del Estado y sus Ministros; las más altas Corporaciones públicas; particulares de reconocida nombradía en el mundo de las letras, y el sexo femenino representado por sus más preciosas joyas.

En el coro cesaron los cánticos y sucedió un profundo silencio. Un orador sagrado, protegido por las luces del Espíritu Santo, en aquellos momentos ocupaba la cátedra, para hacer el panegrico de La Bordadita.

Jorge entonces conoció más la historia de la Virgen y aprendió de los labios del sacerdote católico, que al pie de esa imagen se arrodillaron los próceres de nuestra independencia, cuando, perseguidos por sus enemigos, vieron cer-

cano el día de ofrendar sus vidas en aras de la patria; aprendió á amarla más y más cuando oía que el sacerdote exhortaba á sus estudiantes para que prosiguieran rindiendo culto á la Virgen del Rosario, á Ella que siempre ha velado por el Colegio y más en las horas de conflicto, á través de dos siglos y medio.

Pasó la fiesta.

Al siguiente día, antes de volver al lado de sus padres, Jorge quiso despedirse á solas de María para abrirla de par en par las puertas de su corazón, pero fue en vano su anhelo: la casa de Dios no estaba sola: cuatro jóvenes de rodillas rezaban en voz baja; la lámpara de aceite ardía en uno de los ángulos del altar; Jesucristo mismo acompañaba á su Santísima Madre.

Jorge, postrado de hinojos ante el cuadro precioso, oró por largo rato, sin poder evitar el brote de sus lágrimas. ¿Qué iba á ser de él en lo sucesivo? No lo sabía. Pero siempre la felicidad fue su amiga inseparable, merced al cariño que cobró por la Virgen del Rosario, conocida entre nosotros con el dulce nombre de La Bordadita.

ROBERTO CORTÁZAR

Colegial é Inspector del Colegio,  
Bachiller en Filosofía y Letras.

---

## APUNTES AUTOBIOGRAFICOS

DEL GENERAL D. JOSÉ MARÍA ORTEGA Y NARIÑO

(Continuación)

Narra así el General ORTEGA la parte que tomó en la guerra de 1854 :

“En Junio, al lado del General Vélez y del Sr. Pedro Fernández Madrid, salió de Bogotá para Ibagué, lugar par donde estaba convocado el Congreso para la continuación de las sesiones, interrumpidas por consecuencia del motín. Desde Gataquí avisó al General Herrera, Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecuti-